

El dragón del fin del mundo



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© José Juan Picos, 2025
© De las ilustraciones de cubierta e interior,
Karina Cocq
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2025
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
ISBN: 978-84-10415-58-4
Depósito legal: M-2.896-2025
Impreso en Unigraf
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

José Juan Picos

El dragón del fin del mundo

y otras criaturas de las sagas vikingas

Ilustraciones de Karina Cocq

 Siruela

Las Tres Edades Nos Gusta Saber

Índice

Introducción

Como las cabras de Thor	11
Los vikingos no eran vikingos	17

YGGDRASIL

El árbol de la vida

1. ¡Ay, qué vaca tan salada!	25
2. El primer dragón	31
3. Cizaña de rabo peludo	39
4. Piel de cisne	43

VALHALLA

El banquete de los elegidos

6. El cerdo de nunca acabar	51
7. Pulpo que relincha	57
8. Los ojos de Odín	67
9. Dientes, dientes	75
10. ¡Arre, gato!	79

11. Cerdos de combate	83
12. La gota vikinga	89

MIDGARD

La Tierra

13. Los ríos de Midgard	99
14. Bocados de Sol y Luna	101
15. Los tres pies del caballo	107

RAGNAROK

El destino de los dioses (y de los demás)

16. Pato que aúlla a la Luna	111
17. Ojo con los tobillos...	115
18. Los colmillos del fin del mundo	119
19. La estranguladora	123
20. El último quiquiriquí	129

Los griegos temían a sus dioses
porque despreciaban a los
«miseros mortales».

Sin embargo, muchos kilómetros al norte,
donde la vida era más dura
y los paisajes más sombríos que
en el luminoso Mediterráneo,
los vikingos parecían
tomarse a broma a
Odín, Thor y Loki.

Sus poetas inventaban
peripecias extraordinarias,
protagonizadas por
dioses, héroes y monstruos,
que igual te provocaban
escalofríos que carcajadas.

Eso sí, como en las leyendas griegas,
en la sagas vikingas aparecen
animales que los acompañaban
y criaturas a las que combatían.

Aquí te los presentaremos
y también conocerás
la influencia de aquellos antepasados
cubiertos con pieles
en nuestro tecnológico presente.

Introducción

Como las cabras de Thor

Hacía dos lunas que el invierno cubría el fiordo. La escarcha relucía en las mantas de musgo que protegían las naves largas, con sus mástiles y remos desmontados. Dura como el corazón de un lobo hambriento, la nieve deslumbraba. Dentro, en la cabaña comunal, ya no quedaban historias que contar y todos rumiaban ideas lúgubres ante sus jarras de cerveza y sus cuernos de hidromiel. En los siete meses de frío y aburrimiento que tenían por delante, iban a hartarse de ver las mismas caras noche tras noche.

—¿Os acordáis de Alvar Alvarson? —soltó, sin venir a cuento, Gudric Gudricson. Los demás gruñeron malhumorados. ¡Cómo no se iban a acordar! Desapareció con el primer temporal y lo encontraron con el deshielo. La nieve se lo tragó y la primavera lo devolvió al mundo como si fuera una mata de fresones.

—Le habían crecido tanto las uñas y las tenía tan moradas que parecían conchas de mejillones, ¡jojojohojo!

El resto dejó de sorber y lo miraron con cara de malas pulgas; alguno, con mueca de oso viejo y solitario, los más feroces. Otro soltó un eructo que sacudió las paredes. Era un aviso: «¡Cierra la bocaza, pedazo de trol!». Pero nada, como si no fuera con él.

—Estaba yo pensando en el Ragnarok... —continuó Gudric.

El apocalipsis vikingo, un pensamiento de lo más oportuno bajo las vigas ahumadas por el fuego invernal, que proyectaba sombras temblonas en las paredes. Un par de vecinos de Gudric Gudricson echaron mano a la empuñadura de sus largos cuchillos de caza. Pero él, ni caso.

—¿Os imagináis que los gigantes, los troles y los elfos negros les arrancasen a los muertos las veinte uñas y construyeran con ellas un barco larguísimo para que nos invadieran las hordas del caos, de la noche y del invierno eterno?

Cuando se sacudieron la modorra y descifraron el sujeto y el predicado de tan larga pregunta, los camaradas del sabidillo de Gudric fruncieron las cejas con interés y los cuchillos volvieron a sus fundas. No era mal comienzo para un cuento, así que más le valía que el resto fuese igual de bueno.

—A esa nave maldita la podríamos llamar... ¡Naglfar! —Un nombre de lo más propio: «Uña lejana», porque estaría hecha de uñas y vendría del otro mundo.

—¡A mí me molaría que Loki fuese el timonel! —añadió Erik Erikson. Nada menos que el dios loco y malvado, ¡pues menuda brújula!

—¡Y que manadas de lobos negros y rojos remasen como si el mundo se fuera a acabar! —dijo otro.

—¡Es que se va a acabar, idiota! ¡Por eso se llama Ragnarok! —lo corrigió su compañero de mesa mientras le soltaba una colleja.

La conversación se deslizó como un trineo sobre paisajes apocalípticos. Los barriles de cerveza se vaciaban a pares y los siervos no daban abasto para servir pan duro con cecina ni para echar leña seca al fuego. Cuando todos acabaron con la cabeza en las mesas y roncando como jabalíes, el poblado ya tenía un montón de sagas nuevas, algún dios recién creado y, ¡cómo no!, manadas de

monstruos que te dejaban el pelo blanco si tenías la desdicha de tropezarte con ellos.

A ver, la mitología vikinga no nació así, claro... ¿o sí? El caso es que cuando uno conoce las sagas, que son las leyendas nórdicas, piensa que las ha inventado una horda de piratas borrachos en un festival del humor a bordo de un drakar sin timón en medio de una tempestad de rayos y truenos con olas como castillos amenazando sus cabezas tronadas. Y tan panchos, como si no fuera con ellos, igual que Gudric Gudricson.

Si los antiguos griegos ansiaban el orden, la armonía y la templanza, los vikingos surcaban como delfines el oscuro, gélido y tormentoso mar del caos. Los poetas Hesíodo y Homero catalogaron a los dioses griegos y definieron sus orígenes y peripecias. En cambio, se diría que los bardos del norte de Europa improvisaban sus cuentos por el puro placer de dejar boquiabierta a su audiencia, por muy exagerados y alocados que resultaran. O por eso mismo. Las leyendas nórdicas que hoy conocemos también fueron recopiladas, como los cantos de la *Ilíada* y la *Odissea*. Aparecen en dos catálogos, la *Edda* menor o prosaica, llamada así porque está escrita en prosa, no porque sea insulsa o vulgar; y la *Edda* mayor, compuesta en verso. El compilador de la primera fue un islandés del siglo XII, Snorri Sturluson, mientras que la segunda, del siglo XIII, permanece anónima. La diferencia con el trabajo titánico, y genial, de Homero es que nadie se ocupó de darles forma, por lo que las sagas aparecen deshilvanadas y toscas, aunque sobradas de imaginación. Ahí tenemos otra muestra de la esencia caótica de las leyendas norteñas frente al ansia sureña de armonía. Según Hesíodo, el cosmos, palabra que significa «orden», nació del impulso de Eros, que llenó de amor y vida

la oscuridad infinita del caos original. En cambio, el universo vikingo lo creó una vaca sin cuernos lamiendo el hielo y la sal del vacío. Cualquiera pensaría que aquella gente estaba como los cencerros de las cabras de Thor...

—¿Thor tenía cabras?

Thor era el dios del pueblo, el más popular y querido del panteón vikingo. Marineros, pescadores, campesinos, artesanos y pastores confiaban en él más que en Odín, el señor de las élites guerreras y de los escaldos, los poetas nórdicos. En cuanto a las cabras de Thor, nos interesan dos. Mientras que Helio, el dios griego del sol, conducía un carruaje dorado con cuatro caballos resplandecientes y fogosos, del carro de guerra de Thor tiraban un par de cabras.

—Pero ¿cabras cabras?

Cabras. Al fin y al cabo, ¿qué se puede esperar de un dios guerrero que, en vez de lanza y escudo, como la sensata Atenea, empuña una herramienta para colgar cuadros?

Bromas aparte, la mitología nórdica nos ofrece un episodio admirable por el que merece todo nuestro respeto: el sacrificio brutal de Odín, padre de dioses y mortales. A pesar de su omnipotencia, se atrevió a reconocer que no lo sabía todo. Por eso se lanzó a buscar la fuente de la sabiduría. Y la encontró, pero pagó por ella: no le costó un riñón, pero sí un ojo de la cara. Por eso llevaba un parche. Si el rey de Asgard, señor del cielo y de la tierra, pagó por el conocimiento universal el precio de quedarse tuerto, ¿cómo podríamos renunciar nosotros a estudiar, a aprender y a conocer con entusiasmo, constancia, disciplina y entrega? ¿Cómo nos atreveríamos a despreciar la memoria, utilísima herramienta de estudio y fuente de vida (y de arte) gracias a los recuerdos? Generaciones de poetas griegos y vikingos memorizaron sus mitos para que llegaran hasta nosotros. Por suerte, unos y otros inventaron abecedarios —alfabeto y runas— para que

hoy disfrutemos de tanta maravilla, aunque los griegos empezaron a escribir ocho siglos antes, por eso conservamos más textos.

En *Animales divinos. Fauna mitológica de la Antigua Grecia*, nos ocupamos, entre otros, de Argos, el perro más fiel de la literatura occidental; de Pegaso, el asombroso caballo alado; del discreto mochuelo de Atenea, o de las focas mediterráneas de Anfitrite, diosa de los mares tranquilos. Pero aquí conoceremos a un caballo con ocho patas, a dos gatos que trabajan como mulas, a un lobo que se quiere comer la luna, a un cerdo de combate y a las cabras de Thor, claro. Y también despertaremos a un par de dragones, ¿o qué sería de la mitología sin los escamosos guardianes de tesoros?

LA HUELLA MITOLÓGICA: NUESTROS APELLIDOS

En recuadros como este conoceremos la insospechada influencia de la mitología vikinga en nuestras vidas. Por ejemplo, el origen de los apellidos españoles del siglo XXI. Gudric Gudricson, Alvar Alvarson y Erik Erikson son tres invenciones para ilustrar una teoría (hay otras) sobre su origen. Un patronímico es un apellido formado a partir del nombre del padre: Gudricson significa «Hijo de Gudric»; Alvarson, «Hijo de Alvar»; y Erikson, «Hijo de Erik». Así, los vikingos distinguían a los tocayos, aunque también recurrían a apodos basados en el aspecto o en el carácter: Erik *Hacha sangrienta* o Ragnar *Calzones peludos*. Erik el Rojo colonizó Groenlandia en el siglo X. Tuvo tres hijos tan audaces y pelirrojos como él: Thorvald, Thorsteinn y Leif el Afortunado, pioneros de la exploración de Norteamérica; su apellido era, claro que sí,

Erikson. Snorri Sturluson, el escaldo recopilador de la Edda menor, era, por lo tanto, «hijo de Sturla», un legendario caudillo islandés.

Los historiadores consideran que la cuna de los visigodos, que reinaron en España del siglo v al viii, fue la isla sueca de Gotland. De hecho, hasta 1973, los reyes de Suecia ostentaban el título de reyes «de los suecos, godos y vándalos». Los godos, por lo tanto, eran primos hermanos de los vikingos y trajeron a la península ibérica alguna costumbre común. Por ejemplo, los apellidos patronímicos. Así, Álvarez significa «hijo de Alvar(o)»; Gutiérrez, «hijo de Gutier»; y Enríquez, «hijo de Enrique». Como tarea, te dejo que deduzcas de dónde vienen Fernández, Martínez y Pérez...